Nuestra América en su laberinto: los caminos y sentidos de su enunciación

Por Ricardo MELGAR BAO*

América es [...] tierra del futuro, donde en los tiempos venideros, el destino de la Historia Mundial se revelará —quizás en un conflicto entre Norte América y América del Sur. Es la tierra del deseo para todos los que están cansados con el almacén histórico de la vieja Europa.

Georg W.F. Hegel, Filosofía de la Historia (1822)

Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo en la cabeza, sino con las armas en la almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra [...] Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.

José Martí, Nuestra América (1891)

El hombre contemporáneo siente la perentoria necesidad de un mito. El escepticismo es infecundo y el hombre no se conforma con la infecundidad.

José Carlos Mariátegui, El hombre y el mito (1925)

LOS TRES EPÍGRAFES ELEGIDOS se proyectan como umbrales de entrada y salida de nuestro laberinto, más allá de los límites históricos de sus respectivas enunciaciones y de sus particulares espacios. Pensar Nuestra América desde lo que Hegel llamó, con

* Publicamos el texto inédito de la conferencia presentada por Ricardo Melgar Bao en la inauguración del Coloquio “Los Estudios Latinoamericanos en el siglo XXI”, organizado por El Colegio de Michoacán, la Dirección de Estudios Históricos y la Sección Morelos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Facultad de Filosofía y Letras de la

una mezcla de agudeza e ironía, “la tierra del deseo”, y sobre ella misma supone navegar con medios propios —a contraviento, contracorriente y contramarea— surcando los mares de su memoria y de su historia presente. La “tierra del deseo”, la nuestra es, sin lugar a dudas —en tanto que creatividad y futuro—, una utopía deseable que reposa en sus claves de autoctonía. Desde nuestra territorialidad cultural, José Martí expresó una fórmula que, en su dimensión cognitiva, es intelectual, y en la otra, muy política y pragmática: “Conocer es resolver”. Ésta representa la guía de todo buen y legítimo proyecto nacional o continental. Sin embargo, el deseo o la idea fuerza no se bastan a sí mismos, toda vez que necesitan nutrirse de entusiasmos y mitos colectivos contemporáneos, tan disminuidos o episódicos en estos tiempos grises de crisis civilizatoria ambiental, individualismo hedonista y neoliberalismo. José Carlos Mariátegui, en su tiempo, destacó la función multitudinaria de la emocionalidad emanada del mito político contemporáneo. Por lo anterior, consideramos que el siglo XXI está en condiciones de suscitar un nuevo mito político que amalgame los valores de la biodiversidad, la pluralidad etnocultural, la equidad y la libertad de los pueblos y las personas. Hermanados la necesidad, el deseo, el conocimiento y el mito pueden convertirse en nuestro hilo de Ariadna.

Narrativas acerca de nuestro laberinto

LA figura del laberinto ingresa con propiedad para dar cuenta del actual campo de los estudios latinoamericanos, en el cual me desenvuelvo y tomo posición contra el giro académico neoconservador que ha optado por no transitar por el camino de la unidad, la nativización de su creatividad y la lucha por un nuevo orden socioambiental que deje atrás las excrecencias de la desigualdad, así como la depredación de su biodiversidad y de sus recursos no renovables. La poética del fragmento, la naturalización del presente y la entrega abierta al proceso de globalización autoritaria no son nuestras.

Universidad Autónoma de Querétaro y el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México. El coloquio tuvo lugar del 22 al 24 de agosto del 2018. Cuando nos envió su texto para ser publicado en *Cuadernos Americanos*, Ricardo Melgar Bao (1946-2020) era investigador emérito del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Delegación Morelos, y en él agradecía a Francisco Xavier Solé y a Perla Jaimes Navarro por sus atinadas observaciones y correcciones.

Se trata de expresar un punto de vista crítico, realista y esperanzador en un contexto académico lleno de encrucijadas y corredores sin salidas conocidas o previsibles, el cual a su vez está signado por la onda expansiva del neoliberalismo, según el certero señalamiento de John Beverley.¹ Tanto por ello como por las inercias impuestas por la subalternidad neocolonial, las escrituras y prácticas intelectuales que dicen nuestra problemática continental siguen reproduciéndose al viejo modo, signadas por su heterogeneidad, dispersión y desencuentro. ¿Por qué recurrir al laberinto para significar el heterogéneo y abigarrado campo cultural de nuestro continente, su accidentada trayectoria histórica y el estado actual de sus estudios? No hemos estudiado ni debatido a profundidad que bajo la égida de la modernidad, el desarrollo del proceso de occidentalización y resistencia, cribado a lo largo de poco más de cinco centurias, ha reelaborado la representación del laberinto. Recordemos que la enunciación parte de un lugar cultural que no ha logrado dibujarse de una manera distinta y alternativa a nuestro cambiante y por ende multiforme laberinto. La vertiente más significativa de los escritores y estudiosos de América Latina fue descubriendo nuevas puertas de ingreso al laberinto real, pero también al imaginario.

En el último cuarto del siglo XIX aparece la metáfora del laberinto en las obras de algunos pensadores de nuestro continente. José Martí la utilizó para tomar distancia frente a las lenguas grecolatinas, cultivadas por la intelectualidad criolla de cuño aristocrático. Percibía en ese gusto anticuado, un equívoco descentramiento de la educación universitaria frente a la lengua que debe enunciar el pensamiento moderno interesado en dar cuenta de nuestra problemática.² En 1884, el pensador antillano consideraba una pérdida de

¹ John Beverley, *Subalternidad y representación: debates en teoría cultural*, Princeton, Markus Wiener Publishers, 2005.

² “En tierras en que se habla el castellano, como el alma tiene más de mariposa que de bestia famélica, y vive de mieles, y el suelo da lo que se necesita, y lleno el espíritu de generosidad y ternura, del suelo se necesita poco, han escaseado las ciencias, hijas de las necesidades humanas, que obligan a la pesquisa y a la observación, y de cierta disposición tranquila de la mente, que entre ojos negros y palmeras de sombra calurosa, no anda casi nunca desocupada. Hambre e invierno son padres de ciencias. Por lo que no hay que buscar en castellano muchos vocablos científicos; y el industrioso y erudito cubano Néstor Ponce de León hace bien en injerir, con discreción y propiedad, la lengua corriente y necesaria de la industria y el comercio en el idioma español, para expresar los estados del alma muy propio y rico, pero lastimosamente escaso de la verbología moderna. Y como no se ha de decir que para vivir entre los hombres es bueno desconocer su lengua, sino aprender a hablarla, y hoy los hombres se han apeado del caballo de batalla y se están montando sobre arados y ruedas dentadas, es libro de mucho alcance y servicio

tiempo estudiar dichas lenguas: “laberintos de inútiles reglas”,³ en lugar de destinar esos esfuerzos al conocimiento de las disciplinas científicas. Adicional a lo anterior, constataba otra limitación cara al horizonte semántico del castellano, tan rico “para expresar los estados del alma” y al mismo tiempo, limitado de vocablos científicos modernos. Sostenía que la necesidad y el invierno, eran los “los padres de la ciencia”.⁴

En 1900 José Enrique Rodó recurrió a la figura del laberinto para, metafóricamente, aludir a la urdimbre rural-urbana: “¿Adónde va el pájaro sin guía sobre la llanura inmensa; en medio del laberinto de los bosques; entre las torres de las ciudades?”.⁵

En el curso de la segunda mitad del siglo xx se construyó una especie de Torre de Babel. Los conceptos y frasearios de cada disciplina tendían a ser algo herméticos frustrando la posibilidad de consensos interdisciplinarios. Se anteponía la construcción de fronteras disciplinarias y la definición de problemáticas pensadas como propias a sus diferenciados campos de saber, al diálogo y el trabajo interdisciplinario mancomunado. En otras ocasiones, el culto a la objetividad y el cientificismo en el seno de las ciencias sociales pretendió devaluar e incluso “explicar” a su modo, los productos de la literatura, la filosofía y el arte.

Corrían tiempos en que los diálogos y encuentros fueron episódicos, poco inteligibles y ríspidos. La tensión y el desencuentro comunicacional signaban los diálogos entre literatos, filósofos, artistas plásticos y compositores por un lado e historiadores, lingüistas, antropólogos, sociólogos y politólogos por el otro. Algo similar acontecía con las comunicaciones interinstitucionales, en tanto reproductoras de las diferencias disciplinarias y su búsqueda de prestigio y hegemonía.

Desde una década antes, la literatura prefiguró las aristas de la crisis contemporánea de Nuestra América, narrando la escisión y drama de la búsqueda de los intelectuales de un canon inasi-

el *Diccionario Tecnológico*, que con miras y materias más vastas que las de todos los diccionarios de ciencias o artes hasta ahora conocidos, escribe desde su librería de Broadway el cubano Ponce de León”, José Martí, “Libros de hispanoamericanos y ligeras consideraciones”, *La América* (Nueva York), junio de 1884, en *id.*, *Obras completas*, vol. 8, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 319.

³ José Martí, “Reforma esencial en el programa de las universidades americanas. Estudio de las lenguas vivas. Gradual desentendimiento del estudio de las lenguas muertas”, *La América* (Nueva York), enero de 1884, en *ibid.*, p. 430.

⁴ *Ibid.*

⁵ José Enrique Rodó, *Motivos de Proteo*, en *id.*, *Ariel/Motivos de Proteo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993, p. 108.

ble, transdisciplinario. Se asumió desde los márgenes del saber institucionalizado una cierta crítica y desencanto de la ciudad en crecimiento desbocado, una propuesta heterodoxa y disidente del proceso de recepción de los productos letrados de la cultura occidental y, por último, un abordaje reflexivo acerca del proceso de occidentalización y los azarosos caminos de la nativización e identidad cultural.

Desde el campo de la literatura se configuró tempranamente una malla de significaciones acerca de Nuestra América, mediada por la figura del laberinto. En 1941, cuando Jorge Luis Borges publica “La biblioteca de Babel”, con fina y punzante ironía criticó la ensoñación letrada de nuestros intelectuales de poder acceder al libro de todos los libros, a un presunto saber integral, a la escritura madre o sagrada. La Biblioteca era o debía ser, la forma cristalizada de la acumulación de saberes expresados en diversas lenguas. Por último, criticó la ensoñación mítica de nuestros intelectuales de poder acceder al libro de todos los libros, a un presunto saber integral, a la escritura madre o sagrada. Se trata de buscar un libro deseado e inhallable en un entramado arquitectónico moderno de anaqueles distribuidos en espacios geométricos. Pensemos en una biblioteca laberinto metida en otro laberinto estructural. Una Biblioteca de Babel enclavada en una ciudad laberinto. La imagen de la ciudad laberinto, al decir de algunos estudiosos, tiene rango de universalidad en la literatura mundial.

Recordemos que la enunciación ficcional no escapa ni a su lugar cultural ni a su contexto histórico. Narrar una Biblioteca de Babel supone tocar un plano y proceso más profundo, el de la ciudad. Hacerlo como lo hace Alejo Carpentier desde su novela *Los pasos perdidos* (1953). Al colocar en escena la ciudad laberinto desde diferentes planos, el narrador cubano propone representar algo más que una inflexión frente a la dimensión real de la ciudad antillana o del continente en su conjunto. Las experiencias urbanas de Carpentier remiten a La Habana, pero mucho más a sus estaciones del exilio en París y Caracas. Su primera imagen es sentirse cotidiana y existencialmente acotado y oprimido en lo que llama “la colmena” de “paredes laterales” y la apariencia del caos que siembra toda fuga. La ciudad laberinto se expresa a través de la calle comercial, la cual a su vez enlaza a todos los laberintos: “Todo lo anuncia: las cubiertas de las publicaciones expuestas en las vitrinas, los títulos pregonados, las letras que corren sobre las cornisas, las frases lanzadas al espacio. Es como si el tiempo de

este laberinto y de otros laberintos semejantes estuviera ya pesado, contado, dividido”.⁶

El laberinto, además de manifestarse espacialmente de manera ostensible, posee una impactante forma multitemporal, que nos hace recordar la denominada historia del presente que abre juego a la coexistencia de múltiples temporalidades encarnadas en actores sociales, prácticas culturales y creencias. La “cronología del laberinto”, implica la “condena de andar por una eternidad entre cifras, tablas de un gran calendario empotrado en las paredes”. La estratigrafía narrativa de los laberintos en la obra de Carpentier llega al punto de develar el que atañe a la intelectualidad a la que generacionalmente pertenece:

Cuánto había contribuido a desorientarme el fácil encandilamiento de los hombres de mi generación, llevados por teorías a los mismos laberintos intelectuales, para hacerse devorar por los mismos Minotauros. Ciertas ideas me cansaban, ahora, de tanto haberlas llevado, y sentía un oscuro deseo de decir algo que no fuera lo cotidianamente dicho aquí, allá, por cuantos se consideraban “al tanto” de cosas que serían negadas, aborrecidas, dentro de quince años.⁷

Y este movimiento sin brújula caricaturizaba el mito de Sísifo, es decir, el retorno a una especie de réplica del momento de partida.

Narrar desplegando una veta crítica, cribada entre la ironía y la paradoja, suscita dudas acerca de la función y proceso ciudadanos. Recordemos que Carpentier lo hace desde el continente más urbano del mundo. Nuestra fallida modernidad tiene deudas muy profundas con su visión urbanocéntrica del desarrollo y la crónica dependencia. De esta malla de representaciones derivó lo que me atrevo a llamar un haz de huellas e intuiciones acerca de la espacialización de la crisis contemporánea, alusiva a la modernidad y al urbanismo, pero también a la fractura de la visión urbanocéntrica del proceso civilizatorio. Nuestras megalópolis, además de no ser sustentables, se hacen cada vez más vulnerables e inseguras. En esa misma línea de razonamiento, podemos afirmar que no por casualidad la ciudad constituye el lugar privilegiado de enunciación de las narrativas acerca del laberinto y las nutra con algunos de sus signos reales o imaginarios.

⁶ Alejo Carpentier, *El reino de este mundo* (1949), México, Siglo XXI, 2004, p. 391.

⁷ Alejo Carpentier, *Los pasos perdidos*, México, Compañía General de Ediciones, 1959, p. 77.

La figura del laberinto se mueve críticamente en las lindes de la tradición letrada y sus géneros. Dicho de otra manera, esta obra puede ser vinculada a la interpelación de la sumisa recepción de los productos intelectuales de Occidente, al elegir su relato más cristalizado, arcaico y hermético: el mito. En 1949, Julio Cortázar en *Los reyes*, confrontó el conocido relato mítico occidental acerca del laberinto y reinventó su trama al atribuirle un papel heroico al Minotauro desde los ángulos de la moral y del amor sublimado. El narrador, sin proponérselo, nos invita a trocar la recepción pasiva de los productos letrados de Occidente por una vía activa, transgresora y creativa. En ese punto Cortázar se aproximó al papel cumplido por nuestros más logrados traductores, aquellos que presentaron en lengua castellana su versión de valiosas obras generadas en el Viejo Mundo, más que procedentes de aquellos lugares que hasta el siglo pasado eran considerados periféricos.

También desde el campo literario se configuró el ensayo de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (1950), un debate acerca de la relación de la identidad cultural del mexicano y el proceso de occidentalización. Original y polémica, esta obra trascendió las fronteras nacionales al convertirse en espejo y fuente de inspiración de varios intelectuales de la región, los cuales, desde sus respectivos campos y procesos históricos culturales, se aproximaron a la cuestión no menor de la occidentalización cultural, es decir, del mestizaje y la identidad.

Una nueva indagación de corte comparativo de los contextos, procesos y cambios acaecidos durante los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo xx nos invita a la relectura de ese desencuentro de nuestras disciplinas con el presente y en particular con la literatura. La literatura generada durante los años cuarenta y cincuenta fue opacada por las exitosas imágenes construidas por las industrias culturales transnacionales en la década de los sesenta en lo que con propiedad se ha llamado el *boom*, que desplegó giros significativos por su originalidad temática y de forma. *Boom* narrativo que amplió el universo de lectores. Las dos décadas precedentes merecen ser revaloradas en un tiempo en que las ciencias sociales pisaban los umbrales de su institucionalización, mientras que los historiadores buscaban nuevos horizontes interpretativos e inquirían sobre el pasado desde el tiempo presente, gracias a la recepción de las obras de la Escuela de los Annales o de figuras renovadoras como Gordon Childe, Carl Sauer, Karl Wittfogel y Karl Polanyi. Por su lado, los filósofos apreciaron el impulso renovador de las

obras de los filósofos existencialistas, enlazadas a sus búsquedas y develamientos del presente y de los particularismos culturales del pensar desde tierra nuestroamericana.

La década de los sesenta fue para la literatura de auge narrativo gracias a las lógicas expansivas de las industrias culturales transnacionales. Pero también fue importante para la ensayística renovadora de los científicos sociales: la teoría de la dependencia en sus dos vertientes, la económica y la cultural, la teoría del colonialismo interno, la marginalidad, los movimientos sociales y de la problemática rural-urbana y el nacimiento de los estudios latinoamericanos. La teoría del colonialismo interno, sustentada hacia los años 1963-1964 por Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen, convergió con la propuesta tipológica y comparativa de pueblos testimonio, mestizos y nuevos de Darcy Ribeiro, y demolieron la camisa de fuerza de los Estados y de la nación. No obstante, los productos narrativos de las dos décadas previas merecen rescatarse por haber logrado ingresar temáticas y problemáticas trascendentes que tendieron un puente no reconocido con los más fecundos enfoques y productos de las emergentes ciencias sociales en Nuestra América.

Desde nuestro prisma continental los estudios latinoamericanos se afirmaron gracias a su emergente asociacionismo o institucionalización. Su más antiguo antecedente nos remite al Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais de Río de Janeiro (1957). Siete años más tarde, el golpe militar en Brasil orilló a su intelectualidad de izquierda a migrar bajo condición de exilio, entre ellos a sus latinoamericanistas. Desde México, en la Universidad Nacional Autónoma de México, se auspiciaron dos proyectos de estudios latinoamericanos en los que convergían de manera diferenciada y paralela sus procesos formativos y sus tareas de investigación, gracias a Leopoldo Zea y a Pablo González Casanova. Por un lado, se agruparon las disciplinas humanísticas bajo el liderazgo de Zea y por el otro, las ciencias sociales bajo la conducción de González Casanova.

De manera paralela, durante la década de los cincuenta del siglo xx, la figura retórica del laberinto cobró presencia destacada en algunas obras importantes de la literatura continental para expresar la relevancia de algunas temáticas ficcionales relevantes. Sin embargo, debemos reconocer sus orígenes occidentales. Emergió, lo señalamos antes, como centro de un relato mítico griego y su recepción como tal coincidió con el modernismo, aunque no nos cabe la menor duda de que no hemos terminado de esclarecer su

tardía recepción en nuestro continente. En síntesis, tal proceso viene modelando ontológica y culturalmente a los actores entre el ser y el hacer, entre el movimiento y el cambio, entre el juego de tiempos, tradiciones, conflictos, encrucijadas y salidas imaginarias o reales. Convierte a los actores, lo que ha implicado su transfiguración retórica como metáfora y alegoría, pero también como símbolo.

El laberinto puede significar nuestra relación multidimensional y multitemporal con la Europa occidental más que las realizadas de manera triangular con los otros continentes. Joan Corominas, el reconocido filólogo catalán, expresa su visión del laberinto más allá del conocido mito al señalar que en la tradición letrada castellana el laberinto se registra en un escrito datado el año 1444 como una “construcción llena de rodeos y encrucijadas, donde era muy difícil orientarse”.⁸

Pensamos a Nuestra América desde un contexto histórico en el cual la multipolaridad, con sus inocultables signos de competencia y conflicto, nos toca de diversas maneras. En el tiempo presente va quedando atrás ese ciclo de larga duración que signó nuestra integración al mundo a partir del siglo xvi, bajo la atracción y guía del polo hegemónico de las potencias y capitales atlánticos. En la actualidad, somos testigos de un nuevo proceso en el que se va dando una creciente disputa por la hegemonía mundial en el marco de un nuevo teatro de operaciones: el Pacífico. Al mismo tiempo, los corredores de integración bioceánicos se encuentran en acelerado proceso de construcción, lo que pone de manifiesto una tendencia gradual proyectada hacia la subalternización de costas y aguas atlánticas a las del Pacífico. Las tecnologías de la construcción y comunicación contemporánea, vinculadas a los intereses geopolíticos y de las grandes corporaciones empresariales, fueron más allá de lo que representó el pase del llamado Estrecho de Magallanes y la accidentada construcción del Canal de Panamá primero como proyecto francés en el siglo xix y luego como obra estadounidense en el xx. El desarrollo naviero y las urgencias de circulación de mayores flujos de mercancías ya no podían ser atendidos por el Canal de Panamá. Fue necesaria la ampliación de sus esclusas, cuyas obras se realizaron entre el 2009 y el 2016. Desde hace un cuatrienio ya es posible el cruce de buques Neopanamax, con una capacidad de carga de 65 000 toneladas.⁹

⁸ Joan Corominas, *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1983, p. 351.

⁹ Ramón Muñoz, “Panamá estrena su nuevo Canal como un acto de reivindicación patriótica”, *El País* (Madrid), 27-vi-2016.

Los corredores bioceánicos son obras realizadas sobre la plataforma continental. Atraviesan la cordillera andina, las selvas, los arenales y los ríos, articulan poblados y ciudades intermedias, así como servicios de transporte ferroviario y portuario, entre otros. Pasemos revista a sus principales propuestas. El Eje de Capricornio, que enlaza a Argentina, Bolivia, Brasil, Chile y Paraguay.¹⁰ El Corredor Bioceánico del Sur que articularía los puertos argentinos de Bahía Blanca y San Antonio Oeste con sus símiles chilenos de Concepción y Puerto Montt, lo que borraría las fronteras argentino-chilenas.¹¹ El Corredor Bioceánico Central uniría las localidades de Luján de Cuyo (Mendoza) con la V Región de Chile, a través de una vía férrea por la Cordillera de los Andes.¹² Uno más, el Corredor Ferroviario Bioceánico Central, cruzaría los países de Brasil, Bolivia, Paraguay y Perú.¹³ En México, el Corredor Transistmico buscaría, en colaboración con China, unir los océanos Pacífico y Atlántico a través de una vía férrea de 200 km.¹⁴ El proyecto del Canal de Nicaragua, con financiamiento chino, debido al repudio político y social, fue cancelado oficialmente en febrero de 2018.¹⁵

Una asimétrica bidireccionalidad económica, social y cultural vía los corredores bioceánicos está en curso de desarrollo. Los soportes materiales de este nuevo y complejo proceso de integración van minando las viejas formas de división político-territoriales de nuestros Estados, nutriendo la presencia de regionalismos emergentes, resignificando la representación y sentido de la frontera estatal, así como las coordenadas de las migraciones intra y transcontinentales.

¹⁰ El Eje de Capricornio en DE: <<http://www.iirsa.org/Page/PageDetail?id=117&menuItemId=68#:~:text=El%20C3%A1rea%20de%20influencia%20del,cuenta%20de%20su%20car%20cter%20bioce%C3%A1nico>>. Consultada el 13-II-2019.

¹¹ Luis Maira, *La política internacional subnacional en América Latina*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2010, p. 323.

¹² “Corredor Bioceánico Central: repensar el eje logístico de la región”, *Logística* (en línea), 21-X-2009, en DE: <www.logisticamx.enfasis.com/notas/14688-corredor-bioceanico-central-repensar-el-eje-logistico-la-region>. Consultada 12-II-2019.

¹³ “Corredor Ferroviario Bioceánico Central”, *Deutsche Welle* (en línea), 23-II-2017, en DE: <www.dw.com/es/corredor-ferroviario-bioce%C3%A1nico-central/t-38096906>. Consultada el 15-I-2019.

¹⁴ Sergio Mota Marín, “El proyecto Corredor Transistmico”, *El Economista* (México), 19-IX-2018.

¹⁵ “Se desvanece el sueño de un gran canal en Nicaragua”, *El Diario de Hoy* (El Salvador), 27-II-2018.

*El nosotros supranacional
entre la enunciación y sus imágenes*

EN el siglo XIX se gestaron varios discursos acerca de la unidad continental. Sin embargo, fueron dos los que sobreviven al paso de los tiempos: el de Simón Bolívar y el de José Martí. Uno y otro conjugaron a su modo identidad, soberanía y libertad.

En el curso del siglo XX, las regiones intracontinentales desarrollaron, con diverso grado de aceptación, formas particulares de configuración de un nosotros supranacional: rioplatense, andino, amazónico, conosureño, suramericano, caribeño o centroamericano, que coexistían con los modos más inclusivos y genéricos de expresar la identidad y, por ende, el nosotros. En todos los casos, la historia de sus procesos nos remite a diferenciados tiempos y circunstancias. Indicaremos que para varios de ellos el proceso de Independencia y los primeros años de vida republicana les permitieron ganar un lugar entre el habla y la escritura de las élites y las poblaciones urbanas, así como en los espacios públicos transfronterizos.

Con el inicio del siglo XX resentimos el influjo de la academia norteamericana de pensar la historia cultural y la identidad desde un prisma supranacional. Así se formularon las tipologías sobre las áreas culturales¹⁶ en nuestro continente, es decir, a partir de distinguir ciertos ejes de articulación de rasgos compartidos, también llamados “complejos culturales”, y que inevitablemente abrieron la discusión sobre la función del centro en los procesos de reproducción e irradiación cultural precolombinos. Las narrativas descriptivistas sobre las áreas culturales no tardaron en ser criticadas por algunos intelectuales, políticos y militares, quienes expresaron su desconfianza, dudas y observaciones por el potencial uso geopolítico contemporáneo del concepto *área cultural*. En el fondo, se trataba de legitimar la presunción de que, en cada área, el centro significaba y dominaba su *hinterland* cultural y algo

¹⁶ Véanse, entre otros, Otis T. Mason, “Influence of environment upon human industries or arts”, en *Annual Report of the Smithsonian Institution*, Washington, DC, 1896, pp. 639-695; W.H. Holmes, “Areas of American culture characterization tentatively outlined as an aid in the study of antiquities”, *American Anthropologist* (American Anthropological Association), vol. 16, núm. 3 (julio-septiembre de 1914), pp. 413-446; Clark Wissler, *The American Indian, an introduction to the Anthropology of the New World*, Nueva York, Douglas C. McMurtrie, 1917; Alfred H. Kroeber, *Cultural and natural areas of native North America*, Berkeley, University of California Press, 1939; Julian Steward, *Handbook of South American Indians*, Washington, DC, Smithsonian Institution, 1940-1947.

más, por lo cual el origen cultural devino capital simbólico en las disputas del presente.

Fue en el curso de la segunda mitad del siglo xx que se vivió una especie de primavera asociacionista supranacional, la cual resignificó sus identidades, según el influjo de la Guerra Fría. Estos ensayos de integración subregional promovieron acuerdos que se movilizaron de la esfera económica, a la política, educativa, de seguridad y cooperación militar. De este modo, bajo la conducción criollo-mestiza, América del Sur ha sido diferenciada por sus legados culturales prehispánicos, así como por sus reconfiguraciones coloniales y republicanas. De otro lado, México ha sido identificado como el asiento de las dos principales culturas mesoamericanas en el altiplano central y el sureste: la azteca y la maya, mientras que las culturas del norte, o bien quedaron bajo las adscripciones de las áreas culturales de Aridoamérica u Oasisamérica, o fueron integradas al gran suroeste norteamericano. Por su parte, América Central queda ubicada en su mayor parte en el *hinterland* cultural mesoamericano.

Pensar, pues, los espacios histórica y culturalmente compartidos suscitó el desarrollo de propuestas heterodoxas e interesantes, aunque poco debatidas. Tal el caso de la de Indoamérica del peruano Víctor Raúl Haya de la Torre y sus cuatro sectores, que a su manera retomó el intelectual ecuatoriano Luis Monsalve Pozo, o la trilogía propuesta por el brasileño Darcy Ribeiro,¹⁷ de la que ya hemos hablado, sobre los pueblos testimonio, los pueblos nuevos y los pueblos transplantados, la cual permitió apreciar ese corredor cultural compartido existente en los puntos de enlace territorial de Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay.

Más aún, existe consenso en que las primeras ideas sobre la unidad suramericana se gestaron durante el proceso independentista que libraron los pueblos sometidos al colonialismo español. Lograda la independencia y establecidas la mayoría de las repúblicas suramericanas, padecieron los costos políticos, sociales y económicos que emanaron, por una parte, de la inserción asimétrica de sus regiones en el mercado mundial, y por la otra, de sus caudillos, lo que trajo aparejado guerras civiles e inevitables antagonismos entre sus fuerzas centrípetas y centrífugas, costos que fueron capitalizados principalmente por el capital comercial y bancario,

¹⁷ Luis Monsalve Pozo, *Indoamérica*, Cuenca, Universidad de Cuenca, 1934; Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización: proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, México, Extemporáneos, 1977.

primordialmente británico. No obstante, la amenaza neocolonial española no había desaparecido, como lo probaría más adelante su flota naval en las costas del Pacífico sur, así como las presiones, amenazas e incursiones francesas, prusianas y británicas. Por esa razón Estados Unidos despertó fundadas preocupaciones con el lanzamiento de la Doctrina Monroe en 1823 y la invasión a México en 1847, llevando a hechos la potencial amenaza. En ese contexto se reactivaron los encuentros y aspiraciones unionistas. De aquí que, al Congreso Anfictiónico de Panamá realizado en 1826, le siguió, dos décadas más tarde, un segundo congreso.

De este modo, la realización del primer congreso fue antecedida por acuerdos bilaterales que coadyuvaron a crear un clima favorable para avanzar hacia compromisos de mayor envergadura y de carácter multilateral. Así, Joaquín Mosquera, Miguel Santa María y Pedro Gual, representantes de la Gran Colombia, bajo la orientación de Bolívar, firmaron tratados de “unión, liga y confederación perpetua” con los siguientes países: Perú, el 6 de junio de 1822; Chile, el 23 de octubre de 1823; México, 3 de diciembre de 1823, y la Unión Centroamericana, el 15 de marzo de 1825. No obstante, Argentina declinó firmar tal acuerdo y contrapuso uno de amistad el 8 de marzo de 1823. De cualquier manera, los tratados bilaterales contenían una cláusula de cara a la realización ulterior del Congreso Anfictiónico, la cual obligaba a los países firmantes a acreditar dos delegados provistos de facultades para suscribir acuerdos.

Así pues, ninguna identidad cultural o política se afirma, desarrolla o reelabora al margen del reconocimiento de la historia de su propia heterogeneidad y de su relación con la alteridad. Y si esta tesis es válida para la modelación de una identidad continental, bien podríamos iniciar en América del Sur un mejor camino que el que siguieron nuestras repúblicas en la construcción de sus identidades nacionales.

De hecho, las historias de las repúblicas suramericanas han dado cuenta de los procesos de construcción de sus identidades nacionales a costa de sus respectivas diversidades etnoculturales, y en constante desconfianza o antagonismo frente a los países vecinos, y esto en grado mayor al que han tenido frente a las potencias neocolonialistas, las cuales vulneraron su soberanía de muchos modos y expoliaron sus recursos naturales y humanos.

Así pues, desde una perspectiva suramericana, no dudamos en afirmar que las historiografías nacionales poco han ayudado y

aún menos contribuyen a cultivar una cultura a favor de la unidad continental. Expliquémonos. Si bien es legítimo el canon o paradigma historiográfico que orientó a los historiadores a investigar las tramas endógenas de cada país, las interacciones transfronterizas fueron olvidadas, si es que no simplificadas, por los estereotipados moldes de la historia de los límites fronterizos.

De hecho, la historia de éstos fue signando los principales hitos de su existencia republicana o, yendo más atrás en el tiempo, escudriñaron el pasado colonial o el de las culturas de los pueblos originarios entre particularismos, continuidades y rupturas. Aunque también es cierto que un capítulo relevante de dicha historiografía sobre el periodo republicano se abocó a investigar nuestros intermitentes o crónicos conflictos fronterizos. Dicho afán, al mismo tiempo que nutría la pedagogía cívica con martirologios y rituales conmemorativos, erosionaba, sin querer, el legado unionista de los próceres de la Independencia y de los que lo reactualizaron. En muchos casos, la obsesión por el mal vecino, invisibilizó el injerencismo de alguna potencia o gran corporación monopólica, beneficiaria del conflicto. Las potencias o empresas productoras de armamentos, que nutrieron nuestras guerras fratricidas o nuestras alucinadas carreras armamentistas, no pueden ser olvidadas: forman parte de lo que debemos aprender en materia de seguridad suramericana.

Ya entre fines del siglo xx y lo que va del presente, las formas asociativas fueron tomando un accidentado rumbo multilateral en nuestro continente. Fue así como ingresaron a las respectivas agendas nacionales diferentes proyectos de integración: la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA), fundada el año de 1951, la cual se transfiguró, en 1991, en el Sistema de la Integración Centroamericana (SICA).¹⁸ En 1968 se firmó el Tratado de la Cuenca del Plata, el que se definió como Comité Intergubernamental Coordinador de los Países de la Cuenca del Plata (CIC).¹⁹ En 1969 se suscribió el Pacto Andino, el cual se convirtió, en 1996, en la Comunidad Andina (CAN). Dos décadas más tarde de creada la Comunidad del Caribe (Caricom), con base en la participación de los países integrantes del tejido isleño,²⁰ se pasó a un proyecto mayor. Así, bajo las coordenadas del neoliberalismo, se impulsaron nuevos proyectos de integración subregional. El 24 de julio de 1994 en

¹⁸ Véase DE: <<https://www.sica.int>>.

¹⁹ Véase DE: <<https://cicplata.org/es/sobre-el-cic/>>.

²⁰ Véase DE: <<https://caricom.org>>.

Cartagena de Indias, Colombia, se firmó el Convenio Constitutivo de la Asociación de Estados del Caribe. A través de esta entidad multinacional, se buscaba promover la consulta, la cooperación y la acción convergente entre los 25 países miembros y 7 asociados.²¹

Evidentemente, estos enfoques fueron diseñados sobre espacios y sujetos supranacionales, por lo que en ellos la noción de *frontera* se proyectó con una tensión algo más que discursiva frente a los límites y soberanías de los Estados involucrados, por lo que generó instancias de integración más económica que política y cultural. Así, las tramas de identidad cultural supranacional distaron de constituir temas de investigación y debate entre académicos, políticos, militares y diplomáticos. No fue casual que prosperase la historia de los límites como una especie de saber de las cancillerías. Los litigios fronterizos tuvieron caminos diversos: negociaciones, arbitrajes, guerras y ocupaciones.²² Es más, en algunos países con intereses expansivos, como Brasil o Chile, la historia de los límites quedó articulada a sus respectivos proyectos geopolíticos.

Pero más allá del accidentado camino de los proyectos estatales de expansión territorial y de los ensayos asociacionistas continentales y subregionales, debemos reparar en algunas de sus dimensiones propias y muy contemporáneas, tales como los modos y sentidos de la enunciación del nosotros, la cuestión fronteriza, la de los actores nativos asociados a su territorialidad histórico-cultural primordial y, por último, al exponencial desplazamiento migratorio transfronterizo. Dicho en otras palabras, los migrantes

²¹ Véase DE: <<http://web.acs-aec.org/index.php?q=es/sobre/convenio-constitutivo-de-la-asociacion-de-estados-del-caribe>>.

²² Recordarán los colombianos y venezolanos que, durante tres décadas, de 1844 a 1874, disputaron diplomáticamente si el río Orinoco debía ser compartido o no. Al quebrarse la negociación bilateral, aceptaron ambas partes recurrir al laudo arbitral de la Corona española, proceso que duró una década. El fallo de 1891 suscitó resentimientos, los cuales perviven en la tradición historiográfica venezolana más reciente; véanse Tomás Polanco Alcántara, *Guzmán Blanco: tragedia en seis partes y un epílogo*, Caracas, Grijalbo/Academia Nacional de la Historia, 1992, p. 762; y Delia Picón, *Historia de la diplomacia venezolana (1811-1985)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1999, pp. 156-157. Más tarde, durante los años de 1925 a 1927, el laudo arbitral de John Calvin Coolidge, presidente estadounidense, sobre los territorios peruanos de Tacna y Arica en manos de Chile, tras su triunfo militar en la Guerra del Pacífico de 1879-1882, dejó dudas razonables sobre su fallo. De hecho, el Tratado del 3 de junio de 1929 no cerró el capítulo de las heridas de la Guerra del Pacífico. A esto, le siguió la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay. La historia de las guerras fratricidas, pues, aunada a la ceremonialización cívica de las estatuas dedicadas a sus héroes, sigue lastimando, sin duda, la idea de la unidad continental.

y los pueblos originarios han reformulado las agendas de gobierno y las de carácter ciudadano.

Así pues, un gran reto para los estudios latinoamericanos lo representa el cuadro complejo de las identidades. Se cuentan en su interior los modos de autoadscribirse o ser adscritos como colectivos continentales o subregionales, en continuo cambio, entre fases de crisis o estabilidad. De este modo, en el horizonte cotidiano de nuestros pueblos, no es desdeñable la relación entre los modos de enunciar y representar en imágenes el nosotros supranacional. De hecho, en el habla popular del último medio siglo se fueron extendiendo las formas de decir nosotros, las cuales trascendieron las adscripciones nacionales. Enunciar un nosotros latinoamericano o caribeño muchas veces abrió las puertas a una doble identidad.

Connotativamente, México y Brasil constituyen dos ejemplos relevantes de las dificultades para reposicionar sus respectivas identidades. A partir del último cuarto de siglo, México fue orientado por sus élites políticas y económicas a proclamarse norteamericano, en progresiva asociación con estadounidenses y canadienses. Por su parte, Brasil osciló en su manera de adscribirse, ya que no gustaba mucho de reconocerse como país amazónico ni latinoamericano, hasta que fue lanzado el proyecto de Unión de Naciones Suramericanas (Unasur). Sin embargo, tras el proceso y destitución de Dilma Rousseff como jefa de gobierno en mayo de 2016, Brasil retomó su anterior papel de gendarme geopolítico suramericano, entre aproximaciones y reservas frente a la potencia estadounidense.

Al respecto, cabe mencionar que México resiente los alcances de un área polémica llamada *gran suroeste* desde la academia norteamericana, en la que se destaca el desarrollo cultural de los indios pueblo. En el estado de Chihuahua, fronterizo con Estados Unidos y a un par de horas de Ciudad Juárez, se ubica el importante complejo arqueológico de Paquimé en los bordes de la ciudad de Casas Grandes. En ese lugar los arqueólogos norteamericanos dirigen las excavaciones y su inserción en una controversial redefinición de las áreas culturales. Por si fuera poco, Theo R. Crevenna²³ registró en la Universidad de Nuevo México un proyecto sobre el corredor cultural colonial que unía Nuevo México con Zacatecas, siguien-

²³ Brillante intelectual alemán nacionalizado estadounidense y vinculado al Departamento de Estado desde la administración Truman, muy versado en temas de geopolítica, autor de un libro sobre la invasión a Normandía y coordinador del más importante y pionero estudio sobre las clases medias, véase Theo R. Crevenna, *La clase media en Bolivia, Brasil, Chile y Paraguay*, Washington, DC, Pan American Union, Social Science Section, 1950.

do la ruta minera de la plata, proyecto que involucró a un nutrido número de entidades e investigadores.²⁴ Los avances de dicho proyecto, presentados por los investigadores norteamericanos en eventos internacionales, ubicaban como principal eje de atracción y dinamismo de los bienes culturales las ciudades situadas del lado de su frontera. No obstante, el gobierno de Vicente Fox condecoró a Crevenna en 2006 con la orden del Águila Azteca en grado de insignia, dando por conocidos sus méritos académicos.²⁵

Así pues, el sector de la academia norteamericana que acompaña estos estudios transfronterizos en tiempos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) abre dudas razonables sobre su asepsia geopolítica con respecto a México. Sin embargo, existen otros elementos que fundan nuestra preocupación sobre el curso etnocultural de las relaciones bilaterales Estados Unidos/México. Mencionaremos dos de ellos. El primero tiene que ver con los grupos étnicos binacionales. Tres meses antes de la firma del TLCAN, la administración de Carlos Salinas de Gortari convirtió en reservado un delicado asunto fronterizo, el cual, de ser conocido, hubiese frenado su firma o, por lo menos, puesto en riesgo. Un convenio entre ambos países sobre la condición de grupos étnicos binacionales con derecho a libre tránsito fronterizo a favor de los pápagos y kikapú había sido violentado. Todos los habitantes de esas etnias fueron convencidos de adoptar únicamente la nacionalidad estadounidense. No obstante, la Constitución mexicana prescribe que ningún extranjero puede tener posesiones territoriales en zona fronteriza, de forma que las mudanzas de nacionalidad de estos grupos étnicos han suscitado un foco de tensión, y si bien las autoridades mexicanas procuran invisibilizarlo, sigue latente.

El segundo elemento tiene que ver con el TLCAN, la soberanía alimentaria y la identidad. Las élites de poder en México se han empeñado y han persistido en profundizar su relación con Estados Unidos, no obstante que los costos del tratado son impactantes. De hecho, la soberanía alimentaria quedó destrozada. Lo refrenda un dato duro: la importación de maíz amarillo transgénico, el cual va relevando al maíz blanco y al mixto, tan vinculados históricamente a la identidad gastronómica mesoamericana, a la cosmopercepción

²⁴ *El Camino Real de Tierra Adentro, Texas-New Mexico: national historic trail feasibility study, environmental assessment*, s.l., US Department of the Interior/National Park Service, 1997.

²⁵ *Diario Oficial de la Federación*, México, 18-i-2006, en DE: <www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=4913095&fecha=18/01/2006>.

de los pueblos originarios y a su universo ritual, elementos que se han visto fuertemente cuestionados. De hecho, a partir de 1992, México se convirtió en el principal importador mundial de maíz transgénico: de las 396 mil toneladas importadas en 1992, se ha pasado a la cifra récord de 9.8 millones de toneladas para el ciclo 2011-2012, y para 2017 la cifra había ascendido a 14.3 millones de toneladas, según reveló la Confederación Nacional de Productores Agrícolas de Maíz de México (CNPAMM).²⁶ Y la erosión de su campo cultural se ha incrementado alarmantemente por la presencia de las industrias culturales norteamericanas. Baste mencionar que durante el sexenio de Enrique Peña Nieto la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación benefició con los mayores subsidios a tres empresas: Bimbo, Bachoco y Maseca, mientras redujo de manera sensible el apoyo a las unidades campesinas. En torno al sector campesino, el gobierno de Andrés Manuel López Obrador despierta esperanzas y al mismo tiempo advertencias de lo que puede ocurrir si no se atiende esa situación:

El reto está en la mesa, este nuevo gobierno tiene que responder a las expectativas creadas por el mensaje del presidente Andrés Manuel López Obrador. El campo es prioritario porque sustenta la alimentación de todo el país, y un sector primario fuerte hará un país con futuro, de no ser así, seguiremos dependiendo de importaciones y con la pobreza galopante que esto nos ha dejado.²⁷

La soberanía alimentaria e identitaria implica, pues, algo más que una retórica recurrente, toda vez que supone un viraje en la política agropecuaria y en sus planes de desarrollo.

*Hondos desencuentros:
América del Norte y Unasur*

PASEMOS ahora revista al actual proceso de bifurcación en el continente que inauguró, por un lado, México en su acercamiento

²⁶ Ariane Díaz, “México, primer lugar en importación de maíz en el mundo, advierte la CNPAMM”, *La Jornada* (México), 14-IV-2012; “Productores de maíz limitados en acceso a nuevas tecnologías para producir el grano: CNPAMM”, *Tecnología Ambiental. Sostenibilidad Empresarial* (México), 30-X-2017, en DE: <<https://tecnologiaambiental.mx/tag/confederacion-nacional-de-productores-agricolas-de-maiz-de-mexico>>. Consultada el 15-I-2019.

²⁷ Página oficial de Facebook de la Confederación Nacional de Productores Agrícolas de México, 8-II-2019, DE: <www.facebook.com/CNPAMMOficial/posts/2069182823195158>. Consultada el 09-IX-2019.

a Estados Unidos y Canadá y, por el otro, Brasil y los países suramericanos con el lanzamiento de Unasur. Caminos accidentados, poblados de disensos y desencuentros.

En 1994 ingresó en escena el proyecto de carácter trilateral de América del Norte (TLCAN), al que se unió México y que se convirtió en un polo de incidencia geopolítica. De hecho, no era tan original, si consideramos su primer antecedente: la Unión Panamericana.²⁸ Como fuese, el TLCAN pretendió imponer su hegemonía y avanzar a contracorriente de los proyectos emergidos en otras subregiones en lo particular: la Unasur. No obstante, la polaridad entre el TLCAN y Unasur inclinó la balanza a favor del segundo.

En ese contexto, América Central quedó como un área oscilante y subalterna frente a los principales polos de atracción económica: la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) en 2004, la cual terminó por minar y sepultar a la proestadounidense Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), cancelada en 2005, a once años de su constitución.

No obstante, el curso de integración de América del Norte, en el cual México se inscribe en condición de subalternidad frente a Estados Unidos y Canadá, sigue su curso. Se vive en la actual coyuntura una fase de reacomodo trilateral, impulsado por el gobierno de Donald Trump, en aras de una política más favorable a sus intereses.

Así, el correlato de seguridad hemisférica, bajo el liderazgo estadounidense, ingresó en una fase de cambios y ajustes interamericanos, bajo una nueva coordinación entre el Comando Sur y el emergente Comando Norte. Se trata de cerrar el círculo de la hegemonía del Pentágono sobre las fuerzas armadas del continente que, de forma accidentada, intentó modelar el Comando Sur. Esta entidad impulsó la realización de conferencias por rama militar, maniobras militares conjuntas, y un programa de becas en su controvertida Escuela de las Américas, a partir de 1946, en la zona ocupada del Canal de Panamá. A partir de 1959 iniciaron las conferencias navales, un nuevo fantasma de la Guerra Fría, la cual había cobrado identidad en el Caribe, por lo que debía exorcizar su propagación por mar. Como se sabe, el desembarco y ocupación armada de la República Dominicana, el 28 de abril de 1965, fue legitimada por los gobiernos aliados de turno.

²⁸ Alonso Aguilar Monteverde, *El panamericanismo: de la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson*, México, Cuadernos Americanos, 1965.

Al respecto, merece evocarse un hecho que marcó el viraje geopolítico de Estados Unidos, el cual dio origen, el 1° de octubre de 2002, al Comando Norte del Pentágono. Bajo su mando y *hinterland* de seguridad, abarcó a Canadá, México y un área de 500 millas náuticas, que incluye algo más que el Golfo de México. De hecho, el fantasma del 11 de septiembre sirvió de trasfondo ideológico en la redefinición de Estados Unidos del proceso de integración con sus vecinos más cercanos. En 2002, el general Richard B. Myers, jefe del Estado Mayor, explicó que el Comando Norte se comprometería a facilitarle a las fuerzas armadas mexicanas una más eficiente “cooperación para la seguridad” (venta de equipo, entrenamiento castrense) y “coordinación militar”.²⁹ Se dio un paso más en 2005, con motivo de la firma de la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte (ASPAN), en la cual los presidentes de Estados Unidos, Canadá y México se comprometieron a aprobar nuevas “regulaciones” comerciales y otras relativas a la seguridad y la cooperación militar y energética, que son guardadas con celoso hermetismo.³⁰ En 2010 James Winnefeld Jr., su comandante en jefe, declaró enfáticamente: “La prioridad número uno será nuestra asociación con México. No hay duda de eso”.³¹

No obstante, la relación de México con Estados Unidos se contaminó al filtrarse información sobre el trasiego de armas inducido por la Agencia de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos (ATF, por sus siglas en inglés) en territorio mexicano, lo que favoreció el potencial de fuego del Cártel de Sinaloa. El presidente Obama aplicó el veto para evitar que la documentación vinculada a la Operación llamada “Rápido y Furioso” fuese estudiada y debatida en la cámara de representantes.³²

A pesar de ello, ya se había naturalizado en México la presencia injerencista de Estados Unidos, antes mencionada. Efectivamente, se estrenaron los cursos de entrenamiento a cuerpos de élite de las fuerzas armadas de México en el manejo de nuevas técnicas

²⁹ Carlos Fazio, “Comando Norte”, *La Jornada* (México), 22-IV-2002.

³⁰ José Antonio Almazán González, “ASPAN: riesgo para México”, *La Jornada* (México), 22-III-2007.

³¹ “Organismo militar de EU fortalece vínculo con México”, *NTR. Periodismo crítico*, 2-VI-2010, en DE: <<http://ntrzacatecas.com/2010/06/02/organismo-militar-de-eu-fortalece-vinculo-con-mexico>>. Consultada el 15-XII-2018.

³² “Obama aplica el fuero ejecutivo para ‘blindar’ documentos de Rápido y Furioso”, *CNN en Español*, 20-VI-2012, en DE: <<https://cnnespanol.cnn.com/2012/06/20/obama-aplica-el-fuero-ejecutivo-a-documentos-de-rapido-y-furioso>>. Consultada el 12-XII-2018.

contrainsurgentes.³³ Lo refrendó en 2012 Charles Jacoby, su actual comandante en jefe, al declarar que los mexicanos siguen la “estrategia correcta” en el noreste del país en materia de seguridad frente al crimen organizado, aunque en su opinión tendrían que realizar “otras cosas”.³⁴ No fue casual que tres días después de esta declaración visitara México acompañado del contralmirante Colin Kilrainy, el nuevo agregado naval, y sostuviera una reunión de alto nivel con Mariano Francisco Saynez, secretario de la marina mexicana, el cual declaró que en ella intercambiaron “puntos de vista en lo concerniente a diversos temas de importancia para ambas fuerzas armadas”.³⁵ En agosto, después de las elecciones presidenciales en México y aún bajo el mandato de Felipe Calderón, se realizaría una nueva cumbre de la ASPAN. Leslie Bassett, ministra consejera de la embajada de Estados Unidos, sugirió que en dicha cumbre era deseable que México aceptase la incorporación de la Iniciativa Mérida.³⁶ Durante el gobierno priísta de Peña Nieto, las relaciones de la Marina de México continuaron por el mismo camino, con la novedad de que el ejército comenzó parecidas y convergentes tareas de coordinación bajo la conducción del Comando Norte. El programa vitrina de tal cooperación se inscribe en lo que se denomina *ciberguerra*, y de él se desprende la plataforma de seguridad Ciberespacio. A lo anterior se sumaron los dos recorridos que los enviados del Comando Norte realizaron en 2017 en compañía de los marinos mexicanos a lo largo de la frontera con Guatemala y Belice. En dicho recorrido visitaron los puestos de control y las estaciones migratorias, incluidas las nueve estaciones navales ribereñas del sureste (tres en Río Suchiate, tres en Río Hondo y tres en el Usumacinta). Durante ese año, la Marina de México “envió a decenas de oficiales y mandos a reforzar técnicas y conocimientos en instalaciones” estadounidenses.³⁷

Así pues, en el actual mapa geopolítico México no va del lado de América del Sur; sus élites dominantes siguen firmes en su apuesta hacia el norte, aunque ello acentúe la subalternidad de

³³ “Soldados mexicanos entrenan con comando de EU”, *El Siglo de Torreón* (Coahuila, México), 27-vi-2010.

³⁴ Notimex, “Comando Norte apoya estrategia militar en México”, *El Universal* (México), 13-iii-2012.

³⁵ APF, “Comandante de Comando Norte de EU viaja a México”, *Zócalo. Comunicación. Política y Sociedad* (México), 16-iii-2012.

³⁶ “Proponen incorporar Iniciativa Mérida al ASPAN”, *El Informador* (México), 9-vi-2008.

³⁷ Jorge Alejandro Medellín, “La Marina de México estrecha la cooperación con el Comando Norte de los Estados Unidos”, *Defensa.com* (Madrid, Grupo Edefa), 19-iii-2018.

su país y de su gobierno. El ascenso del nuevo gobierno —López Obrador y el partido Morena— no muestra signos de un viraje hacia el Sur, sino más bien de convertirse en un reproductor del camino ya hollado de la integración de América del Norte. La diferenciación de espacios intramericanos, auspiciada y sostenida por Estados Unidos, dotó, en su momento, por contraposición, de legitimidad al proyecto de Unasur. Sin embargo, Estados Unidos ha reformulado la estrategia a seguir en América del Sur, incluida la que corresponde en el terreno militar a su Comando Sur.

El caso de Unasur, por su parte, fue el más atrevido proyecto de integración y superó a sus precedentes. En 2008, el relanzamiento político de un nosotros sudamericano pretendía superar, en lo general, su propia polisemia. Su fase de ascenso se inició en 2011 y su declive coincidió con los resultados de los procesos electorales en Argentina y Chile, y los golpes de Estado con careta constitucional en Paraguay y Brasil, los cuales favorecieron a las derechas neoconservadoras. La imposibilidad de elegir un secretario general en 2017 evidenció el inicio de su crisis terminal. El reciente retiro de Ecuador de Unasur cierra su ciclo para dar paso a un proyecto reaccionario.

Cabe señalar que en Unasur prevalecía la retórica neobolivariana, a pesar de que no todos los pueblos ni gobiernos reconocían su identidad en ella. Hemos de subrayar el hecho de que presentarse como suramericanos iba a contracorriente de la tradición unionista continental de filiación republicana. A veces, la adscripción devino en estigma, como acaeció en España antes de su derrumbe económico y de que su crisis política se volviese crónica. “Sudaca” es una construcción metonímica racista y excluyente, alusiva al sudor del cuerpo del migrante, a su trabajo, a su marginalidad social y a su extranjería.

Así pues, la construcción de la identidad cultural suramericana, en primer lugar, no pudo quedar circunscrita a su territorialidad geográfica o política, ya que sus fronteras eran y son móviles, tanto como nuestros flujos migratorios y lugares de tránsito o destino. En segundo lugar, dicha identidad no podía quedar reificada a la lectura esencialista e imaginaria de lo que creen compartir. En esa dirección debemos auscultar, debatir y evaluar el modo de enunciación del nosotros supranacional: sus mudanzas temporales y variaciones de sentido de cara a reorientar el proceso de integración y unidad. Igualmente, debemos ponderar si es viable y pertinente impulsar una postura inclusiva frente a esos nosotros supranacionales. En

tercer lugar, consideramos que la identidad suramericana no debe ser resignificada sólo desde arriba, en aras de que las voces de nuestra heterogeneidad étnica cultural se expresen y que sus pertenencias colectivas sean aceptadas. Lo anterior coadyuvará a que la identidad suramericana depure sus alienadas ideas acerca de su inveterado atraso y subalternidad.

La idea-fuerza de la unidad suramericana tendría, pues, que haber sido connotada afectivamente de manera positiva. Sostenemos que la comunidad emocional de toda identidad cumple la función de cohesionar y propulsar la voluntad colectiva. La identidad suramericana tiene que ver, entonces, con la restitución de la memoria de su heterogeneidad y la de sus puentes de fraternidad. Aunque, ciertamente, su identidad está en efervescente transición y crisis intermitente. Su desarrollo y su horizonte de futuro continúan en juego en un mundo cada día más globalizado.

De este modo, el proyecto Unasur-ALBA fue demasiado perturbador para los intereses estadounidenses y de los grupos de poder de orientación neoconservadora. Fue así como se decidió cerrar el paso a las costas del Pacífico. El 28 de abril de 2011, los gobiernos neoliberales de México, Chile, Colombia y Perú decidieron constituir la Alianza del Pacífico. En la actualidad, el horizonte asociacionista en Nuestra América está inmerso en una urdimbre de posibilidades, la cual no es ajena a las presiones estadounidenses y de la Unión Europea, de China y de Rusia.

El actual proyecto denominado Foro para el Progreso y Desarrollo de América del Sur, más conocido como Prosur, se viene convirtiendo en un polo de concentración de gobiernos neoliberales muy inclinados hacia la derecha. No constituye, pues, una nueva asociación, dado su carácter no orgánico, es decir, de foro. De hecho, fue una iniciativa de Iván Duque, presidente de Colombia, respaldada por su homólogo de Chile, Sebastián Piñera, la cual ha atraído a Brasil y varios países del continente. Unasur, por decisión del gobierno de Ecuador, ha perdido su sede institucional, quedando reducida su membresía a Venezuela, Bolivia, Uruguay, Surinam y Guyana.

Así pues, la frontera norteamericana es móvil y en América del Sur se hace sentir en los terrenos diplomáticos, militares y económicos. No es casual que en febrero de 2012 la entonces subsecretaria interina para Asuntos Hemisféricos del Departamento de Estado, Roberta Jacobson, se haya reunido en Buenos Aires con el canci-

ller Héctor Timerman y algunos empresarios y políticos.³⁸ Era la segunda reunión de este tipo en el trienio 2009-2012. En la visita de Jacobson de diciembre de 2009, Arturo Valenzuela cuestionó la “seguridad jurídica” para los inversionistas estadounidenses y dijo con añoranza y tono provocador que bajo el gobierno de Carlos Menem el panorama de las inversiones era más saludable. La reacción del gobierno argentino fue oportuna y airada; en junio de 2012 desactivó el convenio para instalaciones de tipo militar celebrado entre el Comando Sur y Jorge Capitanich, gobernador del Chaco.³⁹ La política norteamericana no ha escatimado, por tanto, esfuerzos en tomar, provocadoramente a su favor, la estructura federativa de algunos países para suscribir acuerdos, no con los gobiernos centrales, sino con los estatales.

La XXV edición de la Conferencia Naval Interamericana (CNI), realizada en mayo de 2012 en Cancún (México), puso en primer lugar la cuestión de los nuevos retos de la “Seguridad Marítima Interamericana” en consonancia con la tesis de la posguerra que prescribió en 1947 el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) para los Estados signatarios del mismo. La preocupación principal del Pentágono giraba en torno al Pacífico, escenario principal de la economía mundial. La llamada “operación Martillo”, al mando del general Douglas Fraser, jefe del Comando Sur, iniciada a partir de enero de 2012 entre el Pacífico y el Caribe, dista de tener como único objetivo el tráfico de drogas y la violencia que lo acompaña, razón por la cual debe ser tratada como “un problema hemisférico” que amenaza “desde Canadá hasta Chile”.⁴⁰

De hecho, ya puede apreciarse uno de los alcances del Convenio militar del 2006 y del Acuerdo de Cooperación firmado el 2 de septiembre de 2011 entre Óscar Izurieta, subsecretario de Defensa de Chile, y el mencionado general Douglas Fraser, sobre la frontera Pacífico de América del Sur.⁴¹ Las instalaciones del llamado Centro Conjunto para Operaciones de Paz (Cecopac) Fuerte Aguayo, en las cercanías de Valparaíso, estará nominalmente regida por

³⁸ “Llega la enviada de EEUU en busca de mejorar la relación”, *Clarín* (Buenos Aires), 8-II-2012.

³⁹ “La gira del enviado de Obama a Latinoamérica tropieza en Argentina”, *El País* (Madrid), 17-XII-2009; Francisco Olaso, “Argentina: No al Comando Sur”, *Proceso* (México), 1-VI-2012, en DE: <www.proceso.com.mx/?p=309423>.

⁴⁰ “Jefe militar de EEUU dice que la violencia en Centroamérica amenaza la región”, *Última Hora* (Asunción), 18-IV-2012.

⁴¹ Elsa M. Bruzzone y José Luis García, “El Comando Sur en Perú”, *América Latina en Movimiento*, 3-VI-2012, en DE: <<https://www.alainet.org/es/articulo/158445?language=en>>. Consultada el 4-VI-2012.

el convenio bilateral “Programa de Fortalecimiento del Sistema Provincial de Emergencias”.⁴²

Si vinculamos lo anterior al quehacer de Leon Panetta, secretario de defensa estadounidense entre 2011 y 2013, y su visita a Colombia, Brasil, Chile y Perú, la política norteamericana se hará más transparente en su acelerada carrera por ganar posiciones militares. Estados Unidos vende a las élites gobernantes su maqui-llada “cultura estratégica”, junto con sus modelos de “seguridad” y su ideología sobre los derechos humanos, incluida su faceta intervencionista militar. Panetta explicó a los medios su interés en “participar en consultas con varios de nuestros socios en esta parte del mundo e intentar fomentar alianzas de seguridad innovadoras en la región”.⁴³ Frente a Brasil, la política norteamericana era de presión, compromiso y premio consuelo. Un pacto de seguridad con Brasil estaba en juego. Panetta fue claro al sostener:

Brasil es una potencia económica y la cooperación en alta tecnología, que necesita fluir en ambas direcciones, parece limitada por los controles a la exportación existentes actualmente. Respondiendo a esto, tomamos la decisión de librar cuatro mil licencias de exportación para Brasil, un nivel similar al que tenemos con nuestros mejores aliados globales.⁴⁴

Y justamente, la cuestión paraguaya, tras la caída de Fernando Lugo, daría a Brasil el premio consuelo de aprovechamiento discrecional de las cascadas de Itaipú.

Así pues, las relaciones interamericanas de las fuerzas armadas desarrolladas en los últimos veinte años indican una mayor injerencia de los dos Comandos del Pentágono. Lo refrendó la XXVIII Conferencia Naval Interamericana de Cartagena de Indias, Colombia, celebrada del 23 al 27 de julio de 2018, en la cual la agenda de seguridad hemisférica fue dictada por el mando estadounidense:

para abordar las principales temáticas marítimas de interés común y fortalecer los lazos de cooperación y diálogo entre las Armadas del hemisferio; a 18 países: Argentina, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Ecuador, El Salvador, Estados Unidos, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Perú, República Dominicana, Uruguay y 3 organismos internacionales como observadores: Junta Interamericana de Defensa, Red Inter-

⁴² Olaso, “Argentina: No al Comando Sur” [n. 39].

⁴³ Raúl Zibechi, “La nueva estrategia de EU amenaza América Latina”, *La Jornada* (México), 18-v-2012.

⁴⁴ *Ibid.*

americana de Telecomunicaciones y Conferencia de Ministros de Defensa de las Américas.⁴⁵

*Entre migrantes transfronterizos
y pueblos originarios*

Los flujos migratorios en aumento plantean, pues, nuevos retos de cara a las territorialidades, fronteras e identidades. La cuestión sigue creciendo en espiral en el escenario internacional, al punto que en diciembre de 2018, la mayoría de los delegados de los países miembros de la ONU suscribieron el Pacto Mundial para una Migración Segura, Ordenada y Regular, con la excepción de Israel, Estados Unidos y otros ocho países que votaron en contra.⁴⁶ Converge con lo anterior la ritualización del 18 de diciembre como Día Internacional de los Inmigrantes. A la creciente oleada de migrantes económicos Sur/Norte también se suma el alarmante crecimiento de los refugiados cuyo número, de acuerdo con estimaciones de la ONU, ascendía a 25.4 millones en 2017.⁴⁷

En la actualidad, en América del Sur, el movimiento migratorio intracontinental bordea los seis millones, según estimaciones del Departamento de Asuntos Sociales y Económicos (DAES) de la ONU. Hasta mediados de 2017, el principal país receptor era Argentina, seguido por Venezuela, con 1 404 448; Brasil, 713 568; Chile, 469 436; Ecuador, 387 513; Paraguay, 156 462; Bolivia, 142 989; Colombia, 133 134; Perú, 90 881; Uruguay, 71 977.⁴⁸ Actualmente Venezuela ha revertido su ubicación privilegiada como segundo país receptor, convirtiéndose en el principal país expulsor hacia diferentes puntos de destino.⁴⁹ En 2018, la Organización Internacional para las Migraciones de la ONU estimaba un flujo diario de trasiego transfronterizo de 5 500 venezolanos.⁵⁰

⁴⁵ Véase DE: <<https://cccartagena.com/xxviii-conferencia-naval-interamericana>>.

⁴⁶ “Pacto Mundial sobre Migración: ¿a qué obliga y qué beneficios tiene?”, *Noticias ONU*, 5-XII-2018, en DE: <<https://news.un.org/es/story/2018/12/1447231>>.

⁴⁷ “Refugiados”, en DE: <<http://www.un.org/es/sections/issues-depth/refugees/index.html>>. Consultada el 15-I-2019.

⁴⁸ “La Argentina es el país con más inmigrantes de Sudamérica”, *Ambito.com* (Buenos Aires), 15-VI-2017, en DE: <<https://www.ambito.com/informacion-general/la-argentina-es-el-pais-mas-inmigrantes-sudamerica-n3986638>>.

⁴⁹ “Venezuela, el país de América Latina que genera más solicitudes de asilo en el mundo”, *BBC News Mundo*, 20-VI-2018, en DE: <[https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-44542873#:~:text=En%20el%20caso%20concreto%20del,y%20Costa%20Rica%20\(3.175\).>](https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-44542873#:~:text=En%20el%20caso%20concreto%20del,y%20Costa%20Rica%20(3.175).>)>.

⁵⁰ Organización Internacional para las Migraciones, “Se lanza Plan de Emergencia para refugiados y migrantes de Venezuela”, 14-XII-2018, en DE: <www.iom.int/es/news/>

Mas lo que resulta preocupante es que Brasil, por mandato de su presidente Jair Bolsonaro, decidiese retirarse del pacto. A partir de 2017, la presión migratoria venezolana se hizo novedad y comenzó a generar tensión social en el estado de Roraima y preocupación gubernamental. Fuentes oficiales estiman que entre 700 y 800 venezolanos ingresan diariamente al país por Pacaraima, principal paso fronterizo.⁵¹

Veamos, pues, la perspectiva del sujeto migrante, emergida de su experiencia nacional. Las comunidades migrantes suramericanas más significativas en Brasil se estiman a la fecha en medio millón. La mayoría se concentra en São Paulo, ciudad donde se calcula que residen 200 mil bolivianos, 40 mil peruanos y 35 mil paraguayos, de acuerdo con datos de la Confederación Sindical de Trabajadores/as de las Américas. En dicho país, la lucha por la amnistía logró en 2009 la expedición de una ley que atendió esa demanda coyuntural, pero que, al decir de los activistas de dichas comunidades, representa sólo el primer paso para conquistar sus plenos derechos con la obtención de la ciudadanía, independientemente de sus filiaciones nacionales.

Desde México, su población dista de asumir la identidad de América del Norte, e incluso sus migrantes, en suelo estadounidense, se sienten más cómodos reconociéndose como mexicanos o como latinos. Su número es bastante elevado, considerando que en 2016, según estimaciones oficiales, constituían una población de casi 12 millones.⁵² México, desde hace años, es un país de tránsito de centroamericanos que se dirigen hacia la frontera estadounidense con ánimo de cruzarla por fuera de los controles migratorios. El Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados estimó, para 2016, una media anual de medio millón de migrantes centroamericanos que atraviesan el territorio mexicano.⁵³

Cabe señalar que la cuestión migratoria no está divorciada de la cuestión de la identidad nacional o subregional. La identidad suramericana poseía una dimensión social que podía ser capita-

se-lanza-plan-de-emergencia-para-refugiados-y-migrantes-de-venezuela>. Consultada el 15-XII-2018.

⁵¹ “Brasil se cierra a la migración”, *Página 12* (Buenos Aires), 10-I-2019.

⁵² Instituto de los Mexicanos en el Exterior- SRE, “Población mexicana en el Mundo. Estadística de la Población Mexicana en el Mundo 2016”, 9-V-2017, en DE: <http://www.ime.gob.mx/estadisticas/mundo/historico/h_2017/2016/mundo_historico_2016.html>. Consultada el 14-VI-2017.

⁵³ Guillermo Castillo Ramírez, “Migrantes centroamericanos en México: crisis humanitaria”, *Contralínea. Periodismo de Investigación* (México), núm. 579, 19-II-2018.

lizada a su favor siempre y cuando se asumiese una estrategia inclusiva frente a los migrantes intracontinentales. Los migrantes suramericanos resienten su subalternidad en los marcos del país de residencia, siendo más grave el caso de los indocumentados, sobre los que pesan los agravios de su detención y expulsión. El trato a los indocumentados es duro, lo cual suele justificarse bajo los artilugios de su presunta “ilegalidad”, que criminaliza su presencia. Migrantes formales e indocumentados han borrado las fronteras nacionales. Este complejo proceso ha tenido precedentes mayores en otros escenarios continentales: México, América Central y Cuba. En cuanto a México, son conocidas las razones económicas que llevan a sus migrantes a cruzar la frontera con Estados Unidos en gran número. Algo parecido, aunque en menor volumen, nos recuerda el flujo de migrantes puertorriqueños. En cambio, el flujo migratorio procedente de Guatemala y Nicaragua hacia México tuvo que ver con las condiciones políticas en dichos países, las cuales generaron exilio y migración forzada. En el caso de Nicaragua, el motivo fue la represión desencadenada por los Somoza en la década de 1970. Un proceso de mayor presencia de migrantes, exiliados y refugiados en México lo generó Guatemala.

En la actualidad, en América del Sur, el flujo de desplazados colombianos de la guerra interna hacia Panamá, Ecuador y otros países se fue desplomando con el repliegue y desgaste de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y los paramilitares, la cual acompañó a la ofensiva del ejército colombiano y el inicio de las negociaciones de paz, para dar paso al flujo de migrantes y exiliados venezolanos.⁵⁴ Una cartografía de la migración intracontinental muestra que sus fronteras nacionales se vuelven más porosas o permisivas. Colombianos en Ecuador; paraguayos, bolivianos y peruanos en Argentina; peruanos y bolivianos en Chile; colombianos, ecuatorianos y peruanos en Venezuela...

La migración intracontinental dista, así, de haberse generado en las últimas décadas, pues tiene una larga historia por recuperar, cuyo arco temporal tiende hilos de continuidad entre los primeros tiempos de la vida republicana y el presente. Los migrantes tienen en su seno un segmento frente al cual la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR) ha impulsado algunas prevenciones y medidas de apoyo. Nos referimos a los desplazados de las guerras

⁵⁴ Betilde Muñoz-Pogossian, “Reseña 2018: el año de la migración venezolana”, *El Nacional* (Caracas), 2-1-2019.

internas, con el caso colombiano como el más emblemático de los últimos años.

Frente a todo ello, Unasur, en su momento, no logró registrar en su agenda un nuevo modo de abordar la identidad suramericana, reconociendo la complejidad de su universo migrante. Necesitaba la cooperación de todas las cancillerías de la región en aras de diseñar una política concertada en materia de migraciones intra y extracontinentales. Nuestros migrantes en Estados Unidos, así como en Europa y demás continentes, demandan de los gobiernos una estrategia concertada, si bien en algunos casos sólo se preocupan por las remesas y muy poco por atender las necesidades culturales de sus connacionales, las cuales no deben confundirse con las ofertas que se desprenden de los calendarios patrios. Unasur era consciente de que los flujos migratorios continuarían al alza y crecerían mucho más con las obras de integración, como son los corredores bioceánicos, los ferroviarios y lacustres, las carreteras, las redes sociales virtuales. Del mismo modo que no se contraerán los flujos migratorios extracontinentales mientras no se abran mejores horizontes en nuestro propio espacio. Así pues, independientemente del agotamiento y colapso del proyecto Unasur, su agenda seguirá gravitando en nuestros campos político e intelectual.

Patrimonializar las bases sociales de la identidad subregional supone, además de atender de otro modo a nuestros migrantes, la decisión de dotarlos del derecho a la ciudadanía. Implica también recuperar una historia todavía sumergida: la de los desterrados y asilados suramericanos. Desgraciadamente, el perfil e itinerario de los exiliados no siempre es fácil de recuperar debido a la dispersión de fuentes, la cual se agrava en el caso de los que devinieron en desterrados itinerantes.

La historia republicana de los países que integran América del Sur nos muestra, pues, que desde sus orígenes muchos de sus sucesivos gobiernos desterraron a sus opositores y antagonistas políticos e intelectuales. La cara amable de esta historia nos señala que, bajo determinadas circunstancias, algunos gobiernos dieron cabida a los perseguidos y refugiados políticos procedentes de países suramericanos o europeos. La dialéctica de la expulsión y refugio inclinó su balanza a favor de las políticas excluyentes. No faltaron los acuerdos de vigilancia o represión intergubernamentales. En el curso de los debates del segundo congreso continental de 1848, el representante del gobierno de turno en Chile presentó una moción para ser votada en la plenaria, con la finalidad de si-

lenciar las voces de los adversarios políticos nacionales que fueron deportados y que cuestionaban a su gobierno desde los espacios públicos de sus países refugio.

La complejidad de esta historia no narrada acerca de los exilios se expresa a través del hecho de que el relevo de los gobiernos dictatoriales muy pocas veces promovió políticas de retorno viables. La contribución de esos intelectuales, científicos y artistas que por razones políticas de diversa índole echaron raíces de por vida en países refugio, muy excepcionalmente ha sido recuperada por las historias de sus países de origen, y contadas veces por las de los países receptores. Sus obras y sus huellas están diseminadas en territorio suramericano, distantes de sus patrias originarias. La historia de los exilios fuera de América del Sur está signada por su pluralidad ideológica y heterogeneidad étnica. No todos fueron criollos o mestizos. El hermano de Túpac Amaru recibió el asilo de la recién independizada Argentina, y dos de los principales líderes del congreso indígena boliviano, tras el derrocamiento del gobierno de Gualberto Villarroel, encontraron refugio en Brasil a mediados de los años cuarenta del siglo xx. Los exilios de nuestros próceres de la independencia señalan esa paradoja de nuestra historia política, marcada por la negación y el reconocimiento, la exclusión nacional y la hermandad de un pueblo hermano, vecino o no.

Ubicarnos en la perspectiva del Otro cultural nos permite apreciar algunas aristas y complicaciones del desarrollo alternativo, sustentado en experiencias y saberes indígenas de aplicación práctica, vinculados a la preservación de la biodiversidad, los programas contra la desertificación y para la sustitución de la ganadería cebú, que erosiona en los ecosistemas andinos y contrae el rico potencial de los camélidos autóctonos. Empresas norteamericanas, del tipo de la Shaman Pharmaceutical Inc., practican la vía corta de la biopiratería a través de la información sobre la sangre de grado, brindada por los pobladores indígenas de Ecuador, Colombia y Perú.⁵⁵ Al ser puesta en evidencia y demandada en Ecuador, la empresa se declaró en quiebra y se volvió a dar de alta bajo otras firmas.⁵⁶

⁵⁵ Eduardo Forero, *Ethnobotanical observations en Croton lechleri, Muell Arg. In the Amazon Valley (Colombia). Final report submitted to shaman Pharmaceuticals Inc. Colombia*, 1992; Elsa Meza Baltazar y Franklin Ayala Flores, *El manejo sostenible de sangre de drago o sangre de grado*, Lima, Shaman Pharmaceutical, Inc., 1998.

⁵⁶ Elizabeth Bravo, "Biopiratería o 'buen vivir': el caso de Ecuador", *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global* (Madrid, FUHEM), núm. 107 (otoño de 2009), pp. 69-76.

El lastre del legado iluminista criollo escindió, por un lado, su reconocimiento a las grandes culturas prehispánicas de su trato a los derechos y demandas contemporáneas de los pueblos originarios. Reconocemos los orígenes como un referente simbólico. En la mayoría de nosotros no existe la idea de que la reacción anticolonialista de los pueblos originarios merezca ser reivindicada como el primer hito de nuestra identidad en resistencia, porque nuestras pertenencias étnicas son ajenas a ella, y porque en la actualidad, teniendo poco espesor demográfico en nuestro proceso de integración suramericana, levantan extrañas banderas contra el extractivismo minero, petrolero y gasero en boga, las represas, las vías de comunicación y las políticas de Estado. Con respecto a estos últimos actos de boicot y tenaz oposición indígena a los proyectos de desarrollo en sus espacios de residencia, Bolivia, Chile, Ecuador, Colombia y Perú, por citar los casos más conocidos en los últimos cinco años, tendrían motivos fundados para proponer en Unasur una instancia de arbitraje respetuosa del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

Los pueblos originarios, desde un primer momento, se sintieron excluidos de toda consulta sobre el futuro de Unasur y sus proyectos. La II Cumbre de Unasur, en diciembre de 2006, se había pronunciado a favor de que la Declaración de los Derechos de los Pueblos Indígenas fuese votada en la asamblea de la ONU, además de que expresara “su contribución positiva en la construcción de las sociedades contemporáneas de la región”.⁵⁷ La misma cumbre aprobó la constitución del Observatorio Regional para el Desarrollo Social y Humano, con el propósito de “monitorear y evaluar el avance de la región en la lucha contra la exclusión”, entre los que se encuentran, sin lugar a dudas, los pueblos indígenas y afrodescendientes. De manera implícita, en su tratado constitutivo de 2008, Unasur reconoció a los pueblos originarios, al afirmar que está integrada por “nuestras naciones, multiétnicas, plurilingües y multiculturales”.⁵⁸ El enfoque de Unasur distó de ser integral, aunque algo se avanzó en materia de intercambios de experiencias

⁵⁷ Los jefes de Estado participantes en la II Cumbre de la Comunidad Suramericana de Naciones realizada en Cochabamba, Bolivia, los días 8 y 9 de diciembre de 2006, reconocieron la importancia de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, adoptada unánimemente en la Sesión del Consejo de Derechos Humanos en junio de 2006.

⁵⁸ Tratado Constitutivo de la Unión de Naciones Suramericanas, Brasilia, 23 de mayo de 2008.

sobre educación intercultural y en una loable iniciativa sobre las lenguas originarias.

En noviembre de 2009, la Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas (COAI) interpuso una demanda contra los proyectos de la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA) ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Las vanguardias indígenas se aproximaron a la OEA y se distanciaron de Unasur, ya que ésta y sus países miembros no sólo carecen de un espacio de atención de sus preocupaciones y demandas, sino también por el hecho de que algunos de sus proyectos de infraestructura e integración son percibidos como reales amenazas. La COAI, ante la Comisión Interamericana, ha expresado su deseo de participar y discutir la reestructuración de los proyectos de desarrollo e integración suramericana. Podemos criticar a la COAI por inflar el número de identidades étnicas pero eso no afectó los puntos sustantivos de sus reclamos. Los asistió el derecho ciudadano y el convenio 169 de la OIT a discutir el destino de los gastos públicos y en particular los que favorecen los proyectos de IIRSA, los cuales tienen que ver con sus territorios étnicos. La COAI criticó el sesgo economicista que caracterizó a los proyectos de IIRSA que no tomó en consideración la opinión e intereses de los pueblos originarios, que son o serán afectados en las áreas de inversión y desarrollo. Por último, caracterizaron a los megaproyectos de Unasur por “priorizar los grandes negocios en su mayor parte relacionados con el mercado de minerales, hidrocarburos, soya, madera, agronegocios, agrocombustible, agua. Es decir, de mercantilización de la vida en general”.⁵⁹

Sabemos que, por separado o de manera coordinada, los pueblos originarios pueden recurrir a instancias multilaterales de mayor envergadura, amparados en el Convenio 169 de la OIT. Pero debe preocuparnos otro asunto que no descalifica a la COAI y a organizaciones locales y sus redes suramericanas, la política de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) a través de ONG de cooptación de líderes emergentes de los pueblos originarios. No olvidemos que, a partir de 1940, Estados Unidos, en su diseño geopolítico hacia América Latina, consideró que era urgente realizar tanto un inventario de las lenguas originarias como una cartografía etnográfica del continente.

⁵⁹ Abya Yala Colectivo, “IIRSA: el doble rostro de la integración Sudamericana”, 5-XI-2009, en DE: <<http://www.abiyalacolectivo.com/web/compartir/noticia/iirsa-el-doble-rostro-de-la-integracion-sudamericana#solapas>>. Consultada el 10-VI-2012.

Recordemos que en el curso de las historias republicanas nosotros, los criollos y los mestizos, los descendientes de inmigrantes europeos, impusimos a las poblaciones indígenas las lógicas diversas del despojo de tierras comunales, el exterminio o el etnocidio blando de nuestras políticas indigenistas y los programas no menos autoritarios de control natal que, en Brasil, tuvieron como precursora a la Fundación Nacional del Indio (FUNAI). Entre los años 1998 y 2000, se esterilizó a trescientas mil mujeres indígenas en el Perú. Cuando un programa de esta naturaleza y envergadura se orienta hacia un segmento de la población, debemos hablar sin eufemismos de “limpieza étnica”, considerando sus consecuencias a mediano plazo en la recomposición étnica de ciertas regiones. En el escenario de la Unión Europea, acciones como éstas no hubiesen quedado totalmente impunes. La memoria de Europa sabe cada día de las políticas etnocidas y genocidas que exceden con mucho el holocausto de judíos, gitanos y minusválidos: se debe reconocer el papel de los pueblos originarios, de los afrodescendientes y de los inmigrantes que tuvieron un importante papel en la formación y las luchas sociales del continente.

Algunos mandatarios de Unasur han invocado la necesidad actual de descolonizar nuestros saberes, memorias e imaginarios, en aras de fortalecer el camino de la integración bajo inéditas bases. En esa dirección, una nueva historia se hace necesaria, una que vaya más allá de los linderos nacionales y coadyuve a generar gradualmente una nueva conciencia regional.

Las ideologías de la asimilación, de la integración y del mestizaje cultural solaparon muchos agravios. En la actualidad, enfrentamos el reto de atender sus demandas. Reconocemos su emergencia política y no como nuevos actores, sino con la construcción de sus respectivas identidades nacionales a costa de descubrir tardíamente que nación y diversidad etnocultural no eran ni antagónicas ni excluyentes.

La mirada puesta en el presente con la voluntad pragmática de forjar a Unasur, generó tres significativas tensiones discursivas en el documento intitulado *Un nuevo modelo de integración de América del Sur: hacia la Unión Suramericana de Naciones*, elaborado por la Comisión Estratégica de Reflexión. La primera que debemos rescatar tiene que ver con la idea presentista de “realidad más apremiante”, algo dislocada de la historia. Por ejemplo, el legado decimonónico, el de los “próceres”, es recordado con justicia, pero reducido a su dimensión “utópica”. El voluntarismo y pragmatis-

mo político fueron también atributos de quienes encabezaron el proceso independentista y tejieron las primeras bases unionistas de nuestro continente. El legado decimonónico unionista en la región trasciende el ciclo fundacional de la mayoría de nuestras repúblicas, así lo refrendan los congresos de 1846-1847 y 1865-1866.

Estados, fronteras e historias fragmentadas

LA historiografía de los países de América del Sur, por tanto, no contribuye a la integración suramericana, ya que en ella pesan como plomo los agravios de las guerras libradas con los países vecinos, los diferendos limítrofes y las maneras de significar las fronteras. El proceso de integración necesita impulsar otro modo de conferirle sentido a éstas, pero ello no quiere decir que las tensiones entre Estados miembros de Unasur desaparezcan, por lo que tendrá que buscarse un espacio de legítimo arbitraje.

Los arbitrajes y laudos sobre cuestiones fronterizas en América del Sur han venido reproduciendo lastres propios del neocolonialismo, incubados en nuestras propias élites políticas y diplomáticas, orilladas a buscar en las potencias extranjeras o en organismos internacionales su papel como árbitros y jueces, sin que haya quedado demostrada su imparcialidad. Los gobiernos que recurrieron al arbitraje, al no poder dar cauce a acuerdos bilaterales o trilaterales, optaron por recurrir a alguna otra potencia real o simbólica, por ejemplo el Vaticano, como lo desearon los gobiernos de Argentina y Chile para resolver el litigio fronterizo sobre el Canal del Beagle. El Tratado de Paz y Amistad fue firmado en la Ciudad del Vaticano el 29 de noviembre de 1984 por los ministros de Relaciones Exteriores Dante Caputo (Argentina) y Jaime del Valle (Chile). En la actualidad, la controversia sobre la línea fronteriza marítima en el Pacífico, se ventiló en el Tribunal de La Haya, que desconoció las justas aspiraciones del pueblo y gobierno boliviano y exoneró a Chile de todo resarcimiento territorial.

Aunque resulte plausible que nuestros historiadores y políticos sostengan que poseemos una historia común entre nuestros pueblos y naciones, tendremos que aceptar que, a la fecha, ésta sigue siendo inexistente y, por ende, debe ser algo más que un punto de agenda diplomática o política, el cual demandará un esfuerzo profesional y colectivo que discuta en primera instancia cómo construirla.

Asumir el ideal de unir a nuestros pueblos no puede trastocar los procesos históricos vividos, signados más por sus litigios y

agravios fronterizos, económicos y políticos, que por sus prácticas solidarias. La historiografía nacional que prima en nuestros medios académicos, políticos y diplomáticos, ha respondido a una lógica endógena. Algunos dirán que existen historias continentales, pero en sentido estricto sus enfoques y énfasis sobre los diversos periodos tratados se han volcado más sobre nuestros particularismos económicos, políticos, étnicos y culturales.

La frontera suramericana del Pacífico merece especial atención por constituir el principal eje de gravedad de la economía mundial y de las tensiones geopolíticas entre las potencias asiáticas y Estados Unidos. Este último apuesta a fortalecer sus vínculos con los países suramericanos ribereños del Pacífico de manera directa o mediada a través de México.

Ecuador ha sido visto por el Comando Sur como un engranaje importante de su política de seguridad hemisférica. Sin embargo, el gobierno de Rafael Correa, al clausurar la base militar norteamericana en Manta, infligió un revés temporal a Estados Unidos, el cual fue compensado con los acuerdos concertados con los gobiernos colombiano y peruano. Desde hace unos años queda muy claro que el gobierno estadounidense considera a Chile como su principal aliado estratégico sobre el Pacífico.

En la misma dirección de tensión geopolítica de América del Sur se inscribe el acuerdo suscrito entre el gobierno colombiano y el de Estados Unidos en agosto de 2009, por el cual el primero concede al segundo la instalación de bases militares en Palanquero y otras localidades. Se ha abierto así una sensible fisura en el espacio suramericano. Este acuerdo tuvo como antecedente la decisión del gobierno de Rafael Correa de no renovar el permiso a Estados Unidos para mantener la base militar de Manta, más allá de la fecha de vencimiento en noviembre de 2009. Entre la administración Bush y la de Trump encontramos una línea cada vez más injerencista en el campo militar, la cual pone en riesgo la seguridad continental, en particular de países como Ecuador y Venezuela al norte y Bolivia al sur. Lo anterior es el correlato práctico de los nuevos poderes conferidos al Comando Sur en la región, que corren en paralelo a la contracción de las funciones de la división de Asuntos Hemisféricos del Departamento de Estado, bajo la gestión de Barack Obama.⁶⁰ Cuatro años antes, Nicholas

⁶⁰ Manuel Cienfuegos Mateo y José Antonio Sanahuja, eds., *Una región en construcción: Unasur y la integración en América del Sur*, Barcelona, CIDOB, 2010, p. 116.

Burns, subsecretario de Asuntos Políticos del Departamento de Estado, hizo una sincera y trascendente declaración:

No tenemos un socio mejor en América Latina. Nuestra asociación con Colombia nos ayuda al progreso de los intereses de los Estados Unidos y a defender nuestros valores comunes. El presidente Uribe es uno de nuestros aliados más fuertes, y el apoyo de los Estados Unidos, en particular el gran apoyo bipartidista del Congreso, ha formado parte integral del éxito que compartimos con Colombia.⁶¹

*Cerrando líneas:
asertos, reflexiones e interrogantes*

Si el hilo de Ariadna es traducido en términos martianos, nos quedará muy claro que, para salir del laberinto, necesitamos reinventar la identidad y el saber de nuestros pueblos, apoyándonos en sus necesidades, recursos y afinidades. Comencemos por reconocer la gravitación de dos particularidades ostensibles de Nuestra América. La primera nos remite a su población, la cual continúa siendo producto de un abigarrado proceso de mestizaje que no es homologable a los habidos en otros continentes.⁶² La segunda se hizo visible y preocupante al iniciar el nuevo siglo:

La urbanización acelerada y el significativo porcentaje de población urbana son especificidades de la región. Por su envergadura demográfica, su continuidad y sus consecuencias socioeconómicas, político-culturales y ambientales, la urbanización es el principal proceso de redistribución espacial de la región de los últimos 100 años.⁶³

Las clases y minorías dominantes convirtieron a sus respectivos Estados en eje centralizador de su poder, salvo bajo aquellos gobiernos que surgieron como alternativa frente a las intermitentes crisis económicas y políticas a lo largo de las dos centurias de vida republicana. El proceso de concentración del poder económico bo-

⁶¹ Nicholas Burns, “Observaciones sobre el futuro de la política de los Estados Unidos en Colombia para el Diálogo Interamericano”, Washington, DC, 3-VIII-2005, en DE: <<http://spanish.state.gov/col/d/2005/51009.htm>>. Consultada el 3-IV-2012.

⁶² CEPAL/CELADE, “América Latina: población total, urbana y rural y porcentaje urbano, por países, 1970-2025”, *Boletín Demográfico*, año XXXII, núm. 63 (enero de 1999), pp. 28-31, en DE: <<https://www.cepal.org/es/publicaciones/39523-america-latina-proyecciones-poblacion-urbana-rural-1970-2025-latin-america>>. Consultada el 5-I-2019.

⁶³ Jorge Rodríguez Vignoli, *Distribución territorial de la población de América Latina y el Caribe: tendencias, interpretaciones y desafíos para las políticas públicas*, Santiago de Chile, NU/CEPAL/CELADE, 2002 (Serie *Población y Desarrollo*, núm. 32), p. 25.

rró fronteras, lo que generó una nueva y minoritaria élite burguesa, al mismo tiempo que mayor desigualdad. Las fracciones dominantes de la burguesía fueron y son las responsables de convertir en retórica la soberanía del pueblo y de la nación, de desarrollar la dependencia, de negar y excluir sus respectivas diversidades etnoculturales, de legitimar y agravar la desigualdad social y de generar *monstruópolis* y otras expresiones de ciudades no sostenibles. Al agravarse la desigualdad, se propicia una migración sin precedentes, con la complicidad estatal, interesada principalmente en los beneficios de las remesas. Todo ello, en su conjunto, viene afectando la representación y asunción de nuestras identidades.

Frente a todo esto, la identidad suramericana necesita cimentar una de sus bases en la reelaboración entre todas las cancillerías de la región de una política concertada en materia de migraciones intra y extracontinentales. Los migrantes en Estados Unidos, en Europa y en otros continentes, demandan una estrategia concertada de nuestros gobiernos que en algunos casos, como ya decíamos antes, sólo se preocupan por las remesas de los migrantes y muy poco por atender sus necesidades culturales, las cuales no deben confundirse con las ofertas que se desprenden de los calendarios patrios. Tenemos, pues, que cobrar conciencia, una vez más, de que los flujos migratorios continuarán al alza y crecerán mucho más con las obras de integración, como son los corredores bioceánicos, las carreteras y los nuevos corredores ferroviarios y lacustres, sin que se contraigan, de otro lado, los flujos migratorios extracontinentales, mientras no se abran mejores horizontes en nuestro propio espacio.

Reflexionamos desde el presente, sin olvidarnos de la necesidad e importancia de reprocessar nuestra lectura del pasado en términos críticos y relacionales. En esa dirección, Helio Jaguaribe nos ha recordado la importancia de la historia de la inserción continental en el curso de las tres grandes mudanzas de la economía mundial y del relevo de los ejes de poder que les correspondieron. No se trata de un ejercicio inútil, sino trascendental para todos los proyectos de integración subregional o continental. Los enfoques presentistas y pragmáticos nos hacen recordar los fracasos de nuestros intermitentes proyectos de integración, desde el Congreso Anfictiónico de Panamá en 1826 al presente, aunque muchos hayan insistido en señalar otros factores sociales, políticos y de carencia de instituciones operativas.

El desarrollo de la integración, siguiendo al antes mencionado documento *Un nuevo modelo de integración*, “debe fortalecer la identidad propia de América del Sur, basada en el carácter multi-étnico, multicultural y plurilingüe de nuestros pueblos”. Aspiración identitaria legítima, la cual se resiente cuando se sesga el cauce del diálogo cultural hacia quienes forman parte de la “homogeneidad lingüística” mayoritaria. Abramos y fortalezcamos el diálogo cultural más allá de nuestras adscripciones lingüísticas y tendremos más espacios de reflexión, negociación y acuerdo, es decir, menos conflictividad interétnica y más democracia. Es recurrente el reclamo de los pueblos originarios ante la falta de consulta democrática sobre la viabilidad de ciertos proyectos extractivistas o de desarrollo sustentable en sus regiones de vida por parte de la iniciativa privada y el gobierno, como lo prescribe la Convención 169 de la OIT y la Declaración Universal de Derechos Lingüísticos, la cual, inspirada en la Declaración de Recife de 1987 de la Asociación Internacional para el Desarrollo de la Comunicación Intercultural, sirvió de fundamento en 1996 para que la Asamblea General de la ONU votase a favor de la constitución de un Consejo de las Lenguas.⁶⁴

En los países de Nuestra América, la patrimonialización de la biodiversidad tiene mucho de retórica y muy poco de proyecto político de conservación y desarrollo. Algo similar sucede con la diversidad etnolingüística. Urge diseñar una política de comunicación basada en la infodiversidad y en la ampliación y fortalecimiento de sus redes intelectuales. Urge resignificar y nativizar los denominados estudios latinoamericanos, es decir, un saber propio y diverso, abierto al mundo. Urge liberarnos del mercado del saber, colonizado por las corporaciones empresariales que han puesto de moda las “certificaciones”, las cuales configuran y legitiman una alienante jerarquía y desigualdad intelectual Norte/Sur.

⁶⁴ *Declaración Universal de Derechos Lingüísticos*, Barcelona, Comité de Seguimiento de la DUDL/Diputació de Barcelona/Generalitat de Catalunya, 1998, en DE: <www.pencatala.cat/wp-content/uploads/2016/02/dlr_espanyol.pdf>.

RESUMEN

El laberinto es una figura retomada por algunos pensadores latinoamericanos. Puede ser símbolo del campo cultural de la región y de las dificultades para la integración. Éstas son expuestas a través del análisis de los varios proyectos de unidad latinoamericana, desde la Independencia hasta los más recientes. Las diferencias entre ellos se hacen visibles en la nomenclatura misma que se ha ido proponiendo. La integración se ha visto dificultada por los proyectos nacionales, que dieron lugar a disputas fronterizas, y por la proyección hacia Estados Unidos. Ésta se formalizó en tratados comerciales que originaron rivalidad con la Unasur. Otros componentes del laberinto identitario son las migraciones intracontinentales, con potencial para la integración, y las contradicciones entre los proyectos modernizadores y los movimientos indígenas.

Palabras clave: símbolo del laberinto, proyectos de integración, migraciones intracontinentales, TLCAN, ALCA, Alianza del Pacífico, mestizaje.

ABSTRACT

Several Latin American thinkers have used the labyrinth trope in their work. It can symbolize the cultural field of that region and all the difficulties faced by integration. These are exposed by analyzing Latin America's several unity projects, from Independence to the latest ones. Their differences are clear in the very names that have been proposed. Integration has been hindered by national projects and the border disputes they originated, and by a projection made towards the United States. The latest took shape in commercial treaties competing with the Unasur. Other component of this identity labyrinth is intra-continental migration, which provides potential for integration, as well as discrepancies between modernizing projects and the movements of indigenous groups.

Key words: labyrinth symbol, integration projects, intra-continental migrations, NAFTA, FTAA, Pacific Alliance, mestizaje.